

## ABSTRACCIÓN de Alberto Monreal

---

¿Quién estremece a los sonidos de la noche? ¿Quién hace callar al incauto jilguero a punto de ser tiroteado? ¿Quién destruye a los fantasmas que nos recuerdan de dónde procedemos? Algunos lo llaman miedo, otros peligro. Silencio a veces, quizás olvido.

Olvido. Sí. Violeta vivía resguardada del recuerdo. Vivía un día a día de absoluto presente, cada paso era único y cada palabra inaudita. No era amnésica, no estaba enferma ni tenía que depender de nadie para llevar una vida normal. Tan solo era más consciente que el resto de los seres humanos. Consciente de que todo lo que no es el Ahora, no es nada. No existe.

Violeta no utilizaba el pretérito. Es una joven ardiente, que no discierne lo convencional de lo instintivo; sencillamente conoce lo que ella tiene y lo que ella quiere. Mira su objetivo cual predador vigila sigiloso su presa, y se encamina a él para lograrlo, sin importar realmente si lo va a obtener, pues eso está en manos del incierto futuro. A Violeta nunca la ha tocado hombre ni mujer. Solo ha provocado, pelo color de la cúrcuma, ojos de fósforo incandescente, solo ha provocado. Tiene veinticinco años y mienten sus tacones de aguja sobre la impureza de su vientre. No es una cuestión de recelo, no le falta seguridad; tampoco es de esas que consideran su virgo demasiado precioso para ser desflorado por cualquier Don Nosequién. Ella desafía al mundo, porque no está dispuesta a seguir sus infundadas normas, porque no lo teme y se permite vivir

al margen de los designios naturales. E igual que no se permite concebir un pasado ni un porvenir, no establece condición alguna para el momento de su inicio en el arte de amar. No hay momentos mejores ni peores cuando solo existe uno. Su momento. Ella y nadie más.

Violeta no comprende el empleo de la tercera persona. Miro a una mujer, a un hombre, y me veo a mí misma porque tan solo es reflejo de mi mente.

Hoy me he pintado los labios de añil, el color de mi perfume. Ondeo junto a mis sábanas blancas por encima de los vaivenes de la calle, balcón en mano y suspirando en mi cigarro. Entonces me veo caminando entre la gente, he doblado una esquina y camino apresurado. Soy un hombre, maduro y robusto, aunque no digno de idolatría por mi físico. Al instante sé que soy el extraño con el que voy a manchar mi castidad inmacula. Bajo a la calle a interponerme en mi paso. Me miro, nos miramos, con extrañeza; no nos conocemos pero está intensamente presente la certeza de que nos deseamos. No hay palabras, tras unos segundos estamos subiendo las escaleras rumbo a la sala de estar. Mis besos son como un poema. No cabe la prosa donde el sexo todo lo ocupa.

Y así me transformo además en poesía,

ingrÁvida y mía, mía, tan presente

que de tanto que siento el alma, en bruto,

no la siento, y solo soy mi cuerpo.

Desnudo y mío, mío y lento;

lentamente me penetro

surco el mar de los rezongos,

gimo mis senos desiertos,  
y solo las cosas nombro  
sin nombrarlas con su verbo.

Gritos, manos  
y secretos,  
netos, vanos,  
pasajeros.

Todo falso,  
nada cierto.

Consumado,  
placentero,  
semen grato,  
semen muerto,  
ahora negro.

Violeta.

Añil.

Mío.